La rebelion de los calcitos

Pedro M. Almagro

Image not found.

Capítulo 1

LA REBELIÓN DE LOS CALCITOS

Con la ingenuidad del que se sabe seguro, Nicolás se adentraba, montado en su bicicleta y con su inseparable mochila a la espalda, en el oscuro camino forestal dejando atrás la zona adecuadamente asfaltada e iluminada por las largas farolas diseñadas para no contaminar lumínicamente el espacio exterior.

Se dirigía, como tantas otras veces, a la fuente la orza –así la llamaban los lugareños- para disfrutar de ese pequeño salto de agua limpia y cristalina mientras aporreaba con una piedra desgastada algunas almendras recogidas de un árbol, situado a pie de la misma fuente, para sacarles el gajo e ingerirlas de dos en dos, a la luz de la luna pues esa noche era llena y lucía como nunca.

Como de costumbre la bicicleta la dejó apoyada sobre el tronco del almendro como un escolar que llega a casa de la escuela y suelta la mochila de forma brusca sin importarle si esta se puede romper o no. Con cuatro saltos certeros consiguió seis almendras con la corfa suficientemente abierta como para no tener que hacer grandes esfuerzos para separarla de la cáscara, la cual era la verdadera barrera a derribar para conseguir saborear esas almendras que, para el muchacho, no las había igual en ninguna otra parte.

Cuando, decidido, iba a asestar el golpe de gracia a la tercera almendra, mientras masticaba ya las dos primeras, oyó un ruido que provenía de la boca de la fuente a donde Nicolás dirigió toda su atención cesando cualquier ruido que él mismo provocaba en relación a la tarea en que en esos momentos, se hallaba envuelto. Le habían parecido unos frágiles susurros que no pudo llegar a entender, de hecho ni tan siquiera estaba seguro de que fueran susurros. Él mismo decidió que eran ruidos o sonidos producidos por los distintos bichos nocturnos que pululaban por la fuente a aquellas horas y que, sin duda, él había interpretado y confundido con susurros.

Siguió a lo suyo ya que pocas cosas más había en este mundo que le agradaran al muchacho que comer almendras a aquellas horas de la noche.

De nuevo volvió a oir algo, algo que, una vez más, parecían susurros, y esta vez lo tenía claro; había algo allí, no imaginaba que podía ser, pero aquel ruido parecía una voz. Ahora estaba seguro de haber oído algo que no había escuchado nunca, ya que conocía todos los sonidos de todos los animales que a esas horas hacían su aparición en los alrededores de la maltrecha fuente, y que quería volver a escuchar para quitarse de la

cabeza la extraña idea de que fueran susurros. Nicolás acercó la oreja a la boca de la fuente permaneciendo así un inquietante minuto y cuando ya parecía que había sido cosa de su imaginación, pues de esta gozaba en gran cantidad, aquel sonido, otra vez, emanó claro perforando el cerebro del muchacho y haciéndole retroceder con nerviosismo y con cierta dosis de terror y ciertamente desorientado, ya que ahora si que había entendido lo que en un principio parecían simples susurros.

Nicolás era un muchacho de catorce años cuyos ojos, azules como el cielo, pelo corto pero aun así revuelto y la mirada de pícaro, le conferían un aspecto de lo que en realidad era, un pequeño aventurero que no tenía miedo a nada o a casi nada, ya que había un animal al que le tenía pánico, al perro. Cada vez que salía con su estimada bicicleta Nicolás se cargaba a la espalda una pequeña mochila con una rara inscripción azul en la tapa superior que decía DANKA, en color azul y sin saber exactamente que significaba. La cuestión es que en aquella mochila le gustaba portar todo aquello que el consideraba oportuno en caso de apretada necesidad en alguna de sus corredurías por el pueblo, ya que este era viejo y por él rondaban toda clase de leyendas imposibles e historias casi tan inverosímiles como las anteriores. No tenía muchos amigos debido a que aquel pueblo no gozaba de gran número de habitantes, tan solo en verano crecía algo ese número y era entonces cuando Nicolás se reunía con amigos de casi toda la vida para recorrer las pocas calles destrozadas por el paso del tiempo con las que contaba aquel desfallecido pueblo que ni tan siquiera llegaba a ese nivel urbano, puesto que se trataba de una simple aldea, eso si, la aldea más grande de España.

AYÚDAME NICOLÁS. Estas eran las palabras que Nicolás entendió perfectamente y que salían de una pequeña cavidad hallada bajo el caño por el que brotaba inevitable el agua de aquella fuente añeja. Tras los primeros momentos de duda y desasosiego, el muchacho se armó de valor y decidido sacó una linterna que llevaba en su mochila para lo cual no necesitó descolgársela de la espalda pues esta se hallaba en uno de los bolsillos laterales que se encontraban al alcance de su mano. Enfocó hacía esa singular cavidad de la que habían salido aquellas palabras. En un principio no oyó otra cosa que su propia respiración mezclada con el resto de sonidos, completamente ajenos, a todo lo que estaba sucediendo. Tras un breve momento observó, desconcertado y curioso al mismo tiempo, como dentro de aquel agujero estaba pasando algo que no acababa de comprender. Era como si alguien estuviera encendiendo una candela para poder iluminar el camino, pero a medida que pasaban los segundos Nicolás apreciaba que aquella luz que en un principio solo era un leve destello, crecía de forma considerable hasta tal punto que parte de la fuente empezaba a iluminarse. A consecuencia de esto Nicolás se retiró hacia atrás con un impulso tan fuerte que cayó sobre su joven trasero completamente asombrado y sin comprender todavía que era lo que estaba ocurriendo allí. La intensidad de la luz creció tanto que obligó a

Nicolás a taparse los ojos con el brazo, pues sentía que aquel deslumbrante resplandor le quemaba los ojos. Creció y creció la intensidad de la luz hasta que en un momento dado el muchacho dejó de sentir calor e incluso relajó un poco el brazo para permitir que los ojos recibieran algo de la luz que, hacía un segundo, cegaba sus ojos. Para su sorpresa esa luz había desaparecido, todo estaba a oscuras otra vez, aunque no veía nada debido a que sus pupilas todavía estaban resentidas del casi doloroso impacto de aquella impresionante refulgencia. Cuando sentía que iba recobrando la visión y sus ojos se adaptaban poco a poco a la luz ambiental nocturna, Nicolás retiró completamente el brazo de su cara para comprobar si efectivamente todo estaba como debía.

Algo turbaba el ánimo del muchacho al apreciar, todavía sentado en el suelo, que algo había cambiado. La fuente había desaparecido, la bicicleta… o Dios mío la bicicleta tampoco estaba. Se levantó de un salto y sin saber que hacer ni donde se hallaba comenzó nervioso a inspeccionar la zona perimetral, con lo que pudo comprobar que no estaba en la fuente la orza; de alguna extraña manera había ido a parar a un lugar desconocido para él ya que no reconocía nada de lo que le rodeaba. De repente, sin saber exactamente el que, algo llamó su atención tras unas gruesas estalagmitas. Sin apartar la mirada de aquello que lo alarmó, dirigió sigilosamente sus pasos hacia allí percatándose entonces de que se hallaba en el interior de una cueva o algo por el estilo. Una y otra vez se cercioraba de que algo o alguien, no estaba seguro, se ocultaba allá detrás. Nicolás, a un escaso metro de distancia de aquello que se movía tras las estalagmitas, se dispuso a abalanzarse cual galgo tras un conejo y capturar aquello fuese lo que fuese. En el momento Nicolás cayó sobre su indefensa presa y, con gran sorpresa y estupor por parte del muchacho, aquel ser empezó a pedir clemencia y a rogar a Nicolás, llamándolo por su nombre, que no le hiciera daño. Nicolás al escuchar los lastimeros lamentos de su presa se apartó rápidamente contra las paredes de aquella caverna para no hacer daño a aquello que, siendo bastante más pequeño que el, de unos veinte centímetros de altura aproximadamente, casi le suplicaba por su vida. Con la espalda pegada todavía a la pared, caverna o lo que fuese aquello, pudo apreciar, con gran sorpresa y gracias a la linterna que todavía conservaba en la mano, que aquello que le había pedido clemencia era, ni más ni menos, una especie de duende miedoso. Cuando ambos se acostumbraron a sus mutuas imágenes y comprobaron que ninguno tenía intención de dañar al otro serenaron sus ánimos y Nicolás, todavía un poco nervioso y algo desubicado preguntó:

¿ Tu quién eres o… qué eres? - acertó a decir no sin un pequeño tartamudeo- y donde estoy.

Su interlocutor no pronunció palabra alguna y solo hacía que mirar a Nicolás así como todos sus movimientos.

¿Fuiste tú el que me pedía ayuda? –seguía indagando Nicolás para conseguir evaluar y centrar la situación.

El otro seguía sin soltar palabra. La impresión que daba era que estaba más asustado que nuestro protagonista, lo cual pudo apreciar este, y gracias a ello recobró, en cierta medida, el valor y la dignidad que en él eran habituales.

Si –dijo aquel ser al cabo, mientras Nicolás se componía de nuevo y se espolsaba las vestiduras. Nicolás disminuyó considerablemente sus movimientos de limpieza para mirar asombrado hacia su interlocutor.

¿Quién eres? –inquirió Nicolás sin más.

Soy un duende y me llamo Elrron.

Yo me llamo Nicol… -el duende no dejó a Nicolás terminar su nombre pues fue él mismo quien lo hizo.

Nicolás, sí, lo sé, te conozco desde que eras un bebé y tus papás paseaban por los alrededores de la fuente.

Ya veo. ¿Qué lugar es este? –quiso saber el muchacho para salir de dudas-.

No reconoces la forma… estás en el interior de la fuente la orza. -Acto seguido Nicolás inició, con movimientos circulares de cabeza, una pequeña maniobra de reconocimiento del lugar para verificar lo que decía aquel duende, llegando a la conclusión de que aquello podía ser posible a juzgar por la forma del lugar. En cualquier caso ¿cómo había llegado el allí? y ¿qué tamaño debía de tener para poder estar dentro?- Como habrás deducido tu tamaño no es el normal, eres más pequeño, aunque aun sigues siendo más grande que yo.

Recuerdo una luz muy intensa y tan cegadora que no pude por menos de taparme la cara con el brazo; en un instante esa luz cesó y aparecí aquí.

Si, yo soy el causante de esa luz y de que estés aquí –confesó Elrron cabizbajo- como sabrás por historias y leyendas de jóvenes y viejos, los duendes poseemos ciertos poderes mágicos, limitados, es cierto, pero poderes a fin de cuentas.

Ya, entiendo, pero para qué me has traído –quiso saber Nicolás mostrando las palmas de las manos hacia arriba como gesto de incomprensión.

Necesitamos tu ayuda. Necesitamos la ayuda de un humano valiente, que no le de miedo nada y que esté dispuesto a ayudar a mi pueblo, además de… -el duende dudó un momento y prosiguió-… además de alguien que

crea en nosotros, en los duendes.

Elrron relató a Nicolás la versión del problema por el que atravesaban los desafortunados duendes con todos los detalles necesarios para que el niño se hiciera una idea del supuesto problema así como encontrar su sitio en aquella aventura que, hasta el momento, parecía, a todas luces, la más importante de las vividas.

El duende le contó a Nicolás que el motivo de vida de su pueblo se basaba en la afluencia de agua, es decir, mientras en la fuente manara el agua limpia y cristalina de siempre, su pueblo seguiría viviendo, en caso contrario todos perecerían sin remedio. Le contó también que lo había hecho entrar en el tétrico interior de la fuente para que les ayudara a acabar con el problema que hacía que el caudal de agua disminuyera a cada día que pasaba, lo cual estaba provocado por unos seres groseros e insociables y que estaban deseosos de acabar con todos los duendes de aquella fuente. Se trataba de unos seres diminutos pero que los había por todas partes por donde circulaba el agua, que formaban un grupo numerosísimo y que no habían conseguido mantenerlos a raya para evitar que complicaran, poco a poco, el paso del agua para llegar, en breve, al fatal cataclismo que pondría fin a la existencia de todos los duendes de aquella fuente. Los componentes de esta infame plaga se llamaban calcitos y era extremadamente difícil hacerles entrar en razón, entre otros motivos porque no escuchaban y no eran muy habladores .

Por todo esto, por no saber como combatir a los calcitos y porque conocía las dotes de Nicolás –su carisma, personalidad y justicia-, Elrron se resolvió a traer a Nicolás, previa aprobación del consejo fontil, como último recurso para salvar a su pueblo.

El asombrado muchacho no daba crédito a los datos que sus jóvenes oídos recogían de boca de aquel duende, ya que él, pensaba, era un niño normal y corriente, y todo lo que pudiera hacer por salvar a aquellos diminutos seres seguro que ya lo habrían intentado ellos mismos, pues, como era lógico pensar, aquel problema existía desde hacía mucho tiempo.

Puesto que ya estaba allí dentro, que Elrron le había rogado ayuda y que le encantaban las aventuras, Nicolás accedió a intentar ayudarles, por ello, caminando a la vera del duende, este le explicaba y mostraba cada hueco del interior de la fuente que, a todas luces era como el interior de una cueva de los hombres de la prehistoria, solo que en los tiempos actuales, pero sin luz eléctrica; todavía se servían de velas y candiles como forma arcaica de alumbrado. Cuando llevaban un buen rato andando y conociendo todas las partes de aquella cavidad en el interior de la fuente, a Nicolás comenzó a rondarle una idea por la cabeza que no tardó

en transmitir a su nuevo amigo.

Oye Elrron, llevamos un buen rato andando y me preguntaba si… -Nicolás dudó un momento- es decir, que desde fuera, la fuente, no parece tan grande. ¿De verdad estamos en el interior de esta?

Así es, aunque no literalmente en el interior de la fuente, sino en el subsuelo. Cada vez que avanzamos nos internamos lentamente en el subsuelo, pero siempre siguiendo el caudal de agua.

Ya veo. Esto parece más grande de lo que me imaginaba. –confesó Nicolás- Cuento con que sepas como hacer para llevarme de vuelta al exterior cuando todo esto acabe.

Si, no te preocupes, es muy sencillo. Es solo cuestión de magia.

Claro –añadió Nicolás como si aquello fuera cosa de apretar un botón del mando de la tele.

Llegaron al centro de todo aquel pequeño mundo donde el duende le presentó a toda su familia, amigos y en general a todos aquellos pequeños habitantes, así como cada rincón del poblado cuyas viviendas consistían en trabajadas cavidades en la roca a modo de cueva, una para cada familia. No era un poblado muy grande y sus costumbres resultaban muy parecidas a las nuestras en cuanto a horarios de comida, formas de vida, relaciones sentimentales, etc. Enseguida Nicolás se percató de algo realmente maravilloso y que los distinguía totalmente de nosotros; y es que el esfuerzo físico era prácticamente nulo debido a que todo lo movían a través de una especie de innata telequinesia que todos ellos poseían. Es decir, que todo lo que tenían que hacer para coger un vaso y llenarlo de agua para beber, era pensarlo. Del mismo modo y según paseaban por el poblado, Nicolás observó atónito cosas tan raras como una vieja escoba sin postillón y barriendo el suelo; o los platos de la cena fregándose solos; o las camas caldeándose solas con el calentador de cobre antes de llegar sus dueños para dormir. Y ver a los duendes en otros menesteres mucho más relajados como escribir, conversando unos con otros, etc.

El tiempo pasaba y los diminutos habitantes de aquel poblado de duendes se disponían a dormir pacíficamente, como si con ellos no fuera la cosa, como si no supieran los problemas por los que atravesaban a consecuencia de las malas artes de los calcitos. A Nicolás le resultó extraño la facilidad con que todos habían aceptado su presencia allí ya que ninguno de ellos se alarmó al verle, pues aunque no era un gigante entre enanos separatistas, si era más grande que ellos en unos diez o veinte centímetros. En cualquier caso era algo que le agradó, pues así se evitaba posibles situaciones embarazosas o complicadas. El duende le explicó que nadie se alteraba al verle debido a que todos le conocían, todos lo habían visto en alguna ocasión y lo consideraban de la familia, y de haber sido de

mañanas, con toda seguridad, todos habrían salido a saludarlo.

No parecen muy preocupados por lo que pueda pasar si el agua deja de manar en la fuente –dijo Nicolás mirando a su alrededor como confirmando lo que acababa de decir.

Tienes razón. En realidad no lo saben, solo lo sabemos los del consejo fontil –admitió el duende.

¿El consejo fontil? –preguntó Nicolás completamente ignorante.

Si, es lo que en tu mundo llamarías El Gobierno. Lo componemos diez miembros del poblado y somos los que decidimos cualquier cosa que se hace aquí. Este consejo está presidido por el más anciano de todos y el más sabio. Fue en ese consejo donde se decidió ir en tu busca para que nos ayudaras, previa proposición por mi parte, todo hay que decirlo.

Ya –dijo Nicolás resignado- te lo agradezco inmensamente.

Elrron llevó a Nicolás directamente al epicentro del problema el cual no estaba excesivamente alejado del poblado, pero sí lo suficiente como para que los habitantes de este no oyeran el ruido que los calcitos hacían en la faena que se hallaban desempeñando. De todas formas era cuestión de tiempo, el ruido llegará pronto e implacable al pueblo pues cada vez los calcitos se aproximaban más al mismo.

Llegó un momento en que el duende agarró a Nicolás por la pechera tirando de ella hacia abajo con impaciente intención y con el claro motivo de ocultarse y no ser vistos por los calcitos. Con mucho cuidado y procurando no moverse mucho ni elevar en exceso la voz, el duende explicó a Nicolás que aquellos seres diminutos, más incluso que ellos, bastante más, pues su tamaño se reducía aproximadamente a unos diez centímetros, eran los causantes de todo lo que estaba sucediendo con el caudal de agua. Desde la estrecha posición que ocupaban solo alcanzaban a ver a unos pocos calcitos “trabajando” y Nicolás insinuó a su acompañante que cómo podían ser una amenaza un puñado de aquellos minúsculos seres. Elrron miró por un momento a Nicolás directamente a los ojos, como quien mira a alguien que no entiende lo que se le está diciendo, y sin decir nada asió a Nicolás del codo invitándole a levantarse y asomarse un poco más para obtener mejor panorámica. Así hizo el muchacho y cuando dirigió la mirada hacia la derecha pudo comprobar desanimado la magnitud del verdadero problema. Había cientos de aquellos seres llamados calcitos, es posible que los hubiera por miles y lo que parecía su objetivo principal era bloquear las canalizaciones del agua para que esta redujera inevitablemente su caudal hasta llegar a extinguirse por completo destruyendo así el modo de vida de los duendes

y toda su exigua existencia.

No tardó Nicolás en empezar a imaginar cual era la mejor forma de acabar con aquel problema, sin embargo carecía de suficientes datos, por lo que preguntó a Elrron toda clase de dudas al respecto, además de los detalles de cómo habían procedido ellos para evitar aquello. Al parecer, en alguna ocasión se presentó el presidente del consejo fontil ante el que se suponía jefe de los calcitos y que dirigía las obras que estos realizaban. Evidentemente no consiguieron nada, es más, aquel adusto jefe les trató de forma muy desagradable y con muy mala educación. Sin más pensamiento le propuso al duende entrevistarse con el jefe de los calcitos para evaluar las posibles soluciones al conflicto del agua.

Salieron de su escondite lenta y cuidadosamente para no alarmar antes de tiempo a los calcitos y se dirigieron hacia el centro de toda aquella aglomeración de diminutos seres que, sin dejar de hacer lo que cada uno andaba haciendo, giraban curiosos sus pequeñas y calvas cabezas, pues todos ellos eran calvos y extremadamente blancos, hacia los extraños que irrumpían en su delicada organización. A medida que caminaban hacia lo que parecía el centro neurálgico de aquellas obras, ambos forasteros observaron como el suelo que pisaban –el interior de aquella gran cueva- así como las paredes, tomaban un color blanco incomprensible, gracias a lo cual y con ayuda de los miles de diminutos candiles encendidos, la claridad en aquella parte del subsuelo era bastante aceptable. No dejaban de mirar cautelosos y con gran disimulo hacia un lado y a otro por si aquellos decidieran echárseles encima, cosa nada improbable pues de sobra era sabido, al menos entre los duendes, que los calcitos no eran gentes muy sociables.

Llegó un momento que un calcito, blanco inmaculado y algo mayor que el resto, se plantó delante de nuestros amigos impidiéndoles el paso y sin pronunciar palabra. Lo primero que intentó el duende, con la ayuda de su dedo índice señalando a aquel calcito, fue elevarlo con la intención de arrojarlo fuera de su camino para llegar hasta el jefe y poder así encontrar una solución razonable a aquel conflicto. Cuando el calcito, con cara de desesperación por no poder hacer nada al respecto, sintió que empezaba a elevarse con fuerza, Nicolás agarró el dedo índice de Elrron y lo empujó cuidadosamente hacia abajo al tiempo que le dirigía al duende una mirada de desaprobación acompañada de un gesto de cabeza negativo. Por ello el calcito volvió a poner los pies en el suelo y Nicolás pidió a este que les llevara hasta el responsable de todo aquel tinglado. Tras un breve momento de duda, el calcito se apartó del camino de los dos intrusos haciendo, acto seguido, un gesto a otro calcito de las mismas dimensiones, el cual, según pudieron deducir Nicolás y Elrron, quiso decir que les llevara ante el jefe, pues hasta que llegaron ante este nadie más les interrumpió en su camino.

No eran muy habladores, únicamente se dedicaban a lo que hicieran los más pequeños en el cauce del agua; a algo parecido a la organización y protección los más grandes y estaban pendientes de conocer al jefe a quien, al menos Nicolás, se lo imaginaba el más grande de todos y poniendo huevos, como si todo aquel conjunto de seres hubieran copiado su forma de vida de una colmena de organizadas abejas.

Llegaron hasta una especie de construcción, propia, por supuesto, parecida a una cueva por su forma ovalada y hueca y completamente blanca como no podía ser de otra manera; una cueva dentro de otra cueva. Pararon ante la entrada de aquella cueva albina y el calcito que los llevó hasta allí les hizo un gesto con las manos que ambos amigos entendieron sin problemas como que quería que esperaran, tras lo cual el calcito se internó en la cueva. Al mismo tiempo dos calcitos más, soldados, los habían catalogado ya por su función y tamaño, se colocaban cada uno a un lado. Estaban custodiados por cuatro soldados calcitos pues, aunque no se habían dado cuenta, durante todo el trayecto desde la última interrupción, se les habían unido dos escoltas que vigilaban la retaguardia, según interpretaron el muchacho y el duende, para que no se les ocurriera escapar antes de explicar su presencia allí ante el jefe calcito.

Aunque la espera no fue precisamente larga sí resultó algo ansiosa pues, tanto Nicolás como el duende, estaban impacientes por conocer aquel personaje que sustentaba la responsabilidad de dirigir tamaña obra. Consentidos por el calcito que entró a avisar de la presencia de aquellos intrusos al jefe y tras comprender el gesto que les hizo aquel apremiándoles para que entraran en la casa del jefe, nuestros protagonistas se dirigieron hacia el interior pudiendo observar, al fondo de la blanca cavidad, la figura grotesca, en comparación con el resto de calcitos, del jefe sentado en un sillón, como si de un rey se tratara, que con un gesto de mentón nos dio a entender que teníamos el tiempo justo para decirle aquello que fuera a lo que habíamos ido allí.

Empezó Nicolás a hablar con la intención de poner toda su paciencia y saber estar para explicar a aquel ser que si seguían con aquello que estuvieran haciendo, los duendes desaparecerían del mapa; y fue pronunciar la primera palabra cuando aquel esperpento esputó un salivazo contra una enorme piedra que tenía a su derecha. Aquello que salió de su boca parecía barro blanco o algo por el estilo ya que esa roca estaba llena de esos repugnantes picos blancos y endurecidos a modo de estalagmita, que había ido recibiendo desde que aquel ser, ahora despreciable también para Nicolás, llegara allí.

Le decía –continuó Nicolás después de la interrupción del esputo- que si no dejan de hacer lo que sea que hagan en la canalización del agua de la fuente, todos los duendes dejarán de existir, debido a que ese agua es el

sustento de sus vidas.

Ya… -dijo el jefe mientras con gran desprecio lo examinaba de arriba a bajo- ¿Y qué te hace pensar que eso que me cuentas me puede importar?.

¿Qué le han hecho a usted los duendes para que se comporte de esa manera con ellos? –inquirió Nicolás asombrado por la desfachatez del individuo- ¿No comprende que si continua con sus obras todo acabará para ellos?. Son gente tranquila y pacífica.

Te vuelvo a repetir que me importa muy poco, yo hago lo que tengo que hacer y cualquier cosa que se interponga en mi camino acabará calcificado –añadió el jefe desafiante cual muchacho en plena puebertad.

Los duendes son seres mágicos y con poderes que pueden llegar a ser letales usados de forma ofensiva – dijo Nicolás casi amenazando a aquellos seres engreídos y estúpidos. Tras estas palabras Nicolás notó que el Elrron le tiraba con disimulo de aquel pantalón ancho, como era la moda, como si quisiera decirle algo, gesto que el atrevido muchacho ignoró deliberadamente.

¿Me estás amenazando muchacho? –inquirió el jefe envalentonándose- Por todos es sabido que los duendes son incapaces de hacer daño a nadie ni utilizar sus poderes con tal fin – añadió el jefe convencido de sus palabras y acomodándose en su sillón.

Es cierto… pero en este caso seré yo el que tome las riendas de la situación y harán lo que yo les diga para acabar con todo este circo –dijo Nicolás apreciando cierto cambio en el rostro del jefe del cual desapareció de súbito la socarrona sonrisa que se le había dibujado.

Ya está bien muchacho, deja de amenazarme, creo que no estás en situación de mostrarte tan insolente en mi propia casa; somos muchos y no tenemos miedo a lo que un niño humano e insignificante pueda hacernos con un puñado de duendes cobardes – concluyó el jefe haciendo un gesto con la mano que los soldados calcitos entendieron como que habían terminado de hablar y que se llevaran a aquellos dos de su vista. Nicolás añadió algo que todavía encolerizó más al jefe:

Sabes de donde vengo -ya no llamaba de usted al calcito pues el asomo de respeto que pudo existir en un principio había desaparecido por completo- y sabes también como yo que allí existen muchos remedios contra muchas plagas y te aseguro que daré con la solución que acabará

con esto de una vez por todas – dijo Nicolás mirando fijamente a los ojos del jefe mostrando la preocupante decisión de cumplir lo que decía.

Nos volveremos a ver – le dijo por último Nicolás al jefe de los calcitos.

Aquí estaré esperándote, si es que para entonces siguen vivos tus amigos los duendes –añadió el jefe con una falsa carcajada disimulando el miedo que había entrado en su cuerpo pues de buena fe sabía que en aquel mundo, de donde venía Nicolas, hacían cosas verdaderamente aterradoras para acabar los uno con los otros.

En el camino de regreso, escoltados por todos los flancos por calcitos soldados, hacia la salida de todo aquel enorme e impresionante montaje de andamios hechos con ramas y calcitos por doquier, Nicolás quiso fijarse en lo que estaban haciendo aquellos seres de forma tan ensimismada y maquinal, pues a penas levantaban la cabeza para mirarse los unos a los otros. Eran como robots programados para hacer aquello que a Nicolás se le antojó, simple y llanamente, obstaculizar el paso del agua reduciendo progresivamente el cauce por el cual discurría el agua. No tenía claro el motivo, pues lo único que podían conseguir con eso era que el agua dejara de fluir por aquella parte del subsuelo llegando, finalmente, a bloquear la boca de la misma fuente. Descartó la idea de que lo hicieran para matar a los duendes por venganza o algo parecido, pues eran criaturas demasiado simples como para maquinar algo así contra alguien que nunca se interpuso en su camino.

Todos hacían lo mismo, reducían el cauce del agua con una sustancia blanca, como ellos, y que a primera vista daba la sensación que salía de ellos mismos, como si se tratara de una araña cuya materia prima para hacer su telaraña sale de ella misma.

Llegaron a la salida de aquel enjambre de calcitos y Nicolás seguía dándole vueltas a lo que estos hacían con sus propias manos. En el momento los calcitos soldados llegaron al lugar indicado por el jefe donde debían dejar a los intrusos, dieron la vuelta sin más y volvieron con los suyos a vigilar que todo continuara sin ninguna otra interrupción ajena.

Absortos, cada uno en lo suyo, Nicolás y Elrron salían lentamente de la zona bien iluminada de los calcitos para ir hacia el poblado de los duendes por el camino con poca luz, como casi todo en aquel subsuelo, para dar las nuevas al consejo fontil y pensar en el próximo paso a seguir contra aquella destructiva plaga con la que tenían que acabar pronto, ya que de lo contrario, en dos días como mucho, llegarían al poblado de los duendes.

Súbitamente, como si se hubiera tragado un enorme hueso melocotón, Nicolás paró en seco al tiempo que se palmeaba la despejada frente,

herencia de su padre y de su abuelo, y reprochándose ser tan tonto dijo:

Seré tonto. Pues claro. ¿Cómo no he caído antes?.

Cuéntame Nicolás, qué ocurre –dijo Elrron ciertamente asustado por la reacción de su acompañante- me estás asustando.

Claro hombre. ¿Tu nunca has oído hablar de la cal? –inquirió Nicolás al duende convencido de la respuesta de Elrron.

¿La cal. Es algo relacionado con los calcitos? –inquirió Elrron ignorante de lo que maquinaba la despierta cabeza de Nicolás.

Por supuesto, ahora lo veo todo claro: la forma de trabajar, el color, el tamaño, la sustancia que desprenden sus cuerpos, todo tan blanco –pensaba Nicolás en voz alta.

No te entiendo Nicolás, si no me lo explicas mejor no me entero de nada –dijo Elrron con el rostro levemente desencajado y algo nervioso.

Los escupitajos del jefe, la reducción del cauce de forma mecánica… Todo encaja- dijo Nicolás todavía ensimismado en su propia elucubración y empezando a ver luz sobre aquel inquietante problema. Algo hizo que el muchacho despertara de ese alocado trance en el que buceaba a sus anchas, para fijarse en la cara de su amigo y atender sus peticiones de ayuda para comprender todo lo que había dicho de forma desenfrenada.

Si, perdona Elrron –se disculpo Nicolás por su falta de tacto con su compañero y pasó a contarle todo lo que, en esos momentos, le rondaba por la cabeza.

La cuestión es que Nicolás cayó en la cuenta de que aquello que hacían los calcitos no era nada extraño, sencillamente nunca lo había visto tan de cerca y desde la perspectiva de la destrucción de todo un poblado de duendes. Por eso los calcitos se dedicaban a aquello con tanta dedicación y abstracción sin importarles nada el resto de seres, pueblos etc.; por eso el jefe se comportó de aquella manera, pues es imposible que puedan parar la obra ya que donde hay agua tratada por el hombre hay calcitos.

Y es que, como le explicó a Elrron, se trataba de la implacable y molesta cal que nos encontramos los humanos continuamente en todos los conductos por donde circula el agua, los cuales acaban obstruyéndose e impidiendo el paso del líquido elemento y que, aunque los duendes no estuvieran acostumbrados a ella, en verdad siempre habían estado amenazados por la cal, era cuestión de tiempo, y ahora los calcitos se hallaban muy cerca de la boca de la fuente debido al tiempo de esta y por tanto era inminente la destrucción del poblado de los duendes a menos

que hicieran algo con premura.

Elrron y Nicolás fueron de casa en casa despertando a los otros nueve componentes del consejo fontil, incluido el presidente, para informarles con carácter urgente de la conversación mantenida con el jefe de los calcitos y las importantes deducciones de Nicolás y con ello intentar llegar a una conclusión razonable para contener totalmente la marcha de los calcitos hacia la boca de la fuente.

Reunidos todos, no sin cierta hostilidad por parte de los consejeros primero por haberlos sacado de la cama y segundo por no creer realmente en que Nicolás pudiera hacer gran cosa por ayudarles, se sentaron alrededor de una mesa redonda de piedra, como no podía ser de otra manera, permaneciendo Nicolás de pie, pues además de no haber más sillas estaba ansioso por plantear la idea que se le había ocurrido para atajar aquel problema de una vez por todas.

Contarme, qué habéis averiguado –quiso saber el presidente con impaciencia ya que era el que menos se había quejado de todos por haberlo sacado de la cama a aquellas horas intempestivas.

Para empezar hemos hablado con el jefe de los calcitos y, la verdad, no ha servido de nada –explicó Elrrón mientras se limpiaba restos blancos de las manos.

Si, yo también me reuní con el hace cosa de un mes y me trató de forma muy desagradable –dijo uno de los miembros del consejo.

Pues bien –continuó Elrron dirigiendo la mirada a Nicolás y haciéndole un gesto para que se aproximara a su lado- según salíamos de aquel infierno blanco, Nicolás cayó en la cuenta de que este problema también lo tienen ahí arriba, en el mundo de los humanos, solo que lo llaman cal. Es decir lo que hacen los calcitos se llama cal y… -dudó Elrron un momento. Acto seguido y mostrando su mano con la palma hacia arriba dirigiéndola hacia Nicolás dijo:- Nicolás, por favor, explícales tu lo que me contaste hace un rato.

Pues verán –comenzó Nicolás como si conociera a aquellos duendes de toda la vida- lo que hacen esos seres que ustedes llaman calcitos es cal. La cal es algo que obstaculiza siempre el paso del agua allá por donde fluye, hasta que llega un momento que se obstruye por completo su camino y esta deja de fluir.

¿Crees que pasará mucho tiempo hasta que eso pueda ocurrir aquí? –inquirió preocupado el presidente del consejo tras la clara explicación de Nicolás. Hubo un momento de silencio y añadió el muchacho:

No. El bloqueo del cauce del agua es inminente; como mucho dos dias –tras estas palabras todos los componentes del consejo se movieron inquietos en sus sillas dado el acuciante peligro al que se enfrentaban.

Bien señores, tranquilicémonos –sugirió seriamente el presidente para añadir después- Nicolás, como ya te habrá puesto en antecedentes Elrron te conocemos desde que eras un bebé y sabemos de lo que eres capaz, pues consideramos que eres un muchacho inteligente y con unos recursos ilimitados –disertó el presidente del consejo hacia Nicolás- conociendo la cal esa que dices y conociendo también los problemas que tendremos nosotros, los duendes que vivimos en este poblado, dinos ¿se te ocurre alguna solución a este desafortunado problema?

Si –dijo tajante Nicolás. Tras esta esperanzadora afirmación, una vez más, los consejeros fontiles se movieron inquietos en sus sillas, esta vez con un asomo de alivio en sus cansados rostros- de donde yo vengo la cal se combate con productos químicos creados a propósito para este tipo de casos.

Perfecto –dijo entusiasmado otro de los consejeros- si traes ese producto aquí podremos acabar con los calcitos en un abrir y cerrar de ojos.

Solo hay un problema y es que después de haber visto lo que han hecho los calcitos y el número tan elevado de estos… - dijo pensativo Nicolás devolviendo a los rostros de los consejeros, incluido Elrron, esa mirada de desesperación e impotencia.

Habla Nicolás, no nos tengas en ascuas por más tiempo, te lo suplico –le apremió Elrron.

Si, perdonar. El problema es que no ganaríamos nada con eso pues la cantidad que podría traer con este reducido tamaño sería insuficiente para acabar con todos ellos.

El desasosiego, una vez más, hizo acto de presencia en el rostro de todos los consejeros pues no terminaban de ver claro que aquel temible problema tuviera rápida y fácil solución.

Pasó todavía un buen rato en el que todos y cada uno de los consejeros, entre ellos, proponían distintas y, en alguna ocasión, disparatadas soluciones con las que no iban a conseguir nada. Con lo fácil que se atajaba el problema en el mundo de los humanos y lo difícil que se había puesto la cuestión allí en el subsuelo, bajo la fuente.

Todos hablaban, todos proponían excepto Nicolás que se había retirado a una esquina de aquella sala de reducidas dimensiones. Elrron no apartaba la mirada de Nicolás, estaba convencido de que de aquella habitación saldría la solución al temido problema y además sería Nicolás el que

encontrara dicha solución.

Fue en un momento que Elrron despertó de su semi trance y ello a consecuencia de que Nicolás había levantado la cabeza rápidamente, para mirarlo a el fijamente y con el rostro desencajado, pero esta vez no era por la falta de soluciones sino todo lo contrario. Había encontrado el medio con el que acabar con los calcitos y la dichosa cal de una vez por todas, reflejando su rostro una mezcla de alegría y alivio, como cuando uno encuentra la solución a todos sus problemas.

Nicolás hizo un leve movimiento de asentimiento con la cabeza hacia Elrron y este se levantó lentamente de su asiento para avisar a los demás con un gesto de mano, como un guardia que pretende parar el tráfico, de que Nicolás tenía algo que decir. El resto de consejeros no se percataron de tal gesto y Elrron volvió a avisar, esta vez chistando con fuerza para llamar la atención de todos los reunidos.

Mi abuelo siempre me decía cuando recorríamos la parte alta de las eras por la que discurría una pequeña canal de agua, que no se me ocurriera tirar nunca nada contaminante a esta, ya que eso repercutiría en una contaminación masiva de todo el pueblo puesto que iría a parar a la fuente de la que todos se aprovisionaban del preciado líquido –contó Nicolás a los consejeros para ir introduciéndolos en su idea.

Eso está muy bien muchacho pero que nos quieres decir con ello –inquirió el presidente intrigado.

Pues muy sencillo; solo tengo que ir a esa canal y vaciar dos botellas de antical que tenemos en casa. Ese producto recorrerá todos los conductos que los calcitos están bloqueando y eliminando así, de forma masiva, la cal del cauce del agua y a todos los calcitos que están trabajando en ese implacable bloqueo.

¿Crees que eso solucionará el problema? –preguntó desconfiado uno de los consejeros.

Espero que si ya que es el único plan, más o menos razonable, de que disponemos hasta el momento –afirmó Nicolás convencido.

Tras un breve momento de reflexión por parte del presidente y en vista de la confianza con la que Nicolás propuso aquella idea, no pudo por menos que dar luz verde a la misma para ponerse en marcha enseguida, por lo que pidió educadamente a Elrron, como era costumbre en el presidente según le había contado el duende al muchacho, que guiara a Nicolás hasta la misma boca de la fuente en donde hizo su aparición por arte de magia hacía cuatro horas escasas.

Antes de salir de aquella sala, Nicolás informó a todos de cómo iban a desarrollarse los hechos a partir de que vertiera el contenido de las dos botellas de antical en la canal de las eras. Informó que lo haría ahora mismo, sin perder más tiempo, sería cosa de ir a su casa rápidamente con la bici, recoger las valiosas botellas, ir a la canal y una vez allí derramar la química que había de acabar con la cal y los calcitos. Informó también de que el efecto no sería inmediato y que volvería la noche siguiente para que le dijeran si había surtido el efecto deseado o no.

Llegaron los dos al punto de partida en donde todo había comenzado para Nicolás, y tras unas breves palabras de agradecimiento de Elrron a su nuevo amigo, volvió a hacer acto de presencia aquella cegadora luz que tanto desconcertó a Nicolás en un principio y que ahora era un mero resplandor que aunque seguía cegando la vista, era algo conocido y por ello carente por completo de dudas y peligro alguno.

Cuando Nicolás se quiso dar cuenta estaba de nuevo en la fuente, fuera de ella, con todo a su alrededor sumido en las sombras de la noche, como era lógico a esas horas de la madrugada, y lo que era más importante: a su tamaño natural.

Cuando sus ojos se adaptaron a la profunda oscuridad, pues no había luna esa noche, pudo comprobar que todo seguía igual, incluida su bici que se hallaba en la misma posición que el la había dejado unas horas antes para comer tranquilamente unas cuantas almendras.

Montó rápidamente en la bicicleta y se dirigió raudo a su casa que aun estaba algo retirada de aquel lugar. Tenía que atravesar una porción de campo, puro y duro, y luego otro tanto de población para llegar hasta ella y, sin hacer una pizca de ruido para no despertar a su hermana Sonia ni a sus papás, cogería las dos botellas de un litro y medio de antical concentrado como explicó a los consejeros fontiles.

Se quitó la mochila de la espalda, la cual había llevado en toda la travesía por el subsuelo de la fuente la orza, y metió en ella las dos botellas del líquido que habría de conservar la forma de vida de los duendes de la fuente.

Las calles estaban desiertas e iluminadas con una luz tenue que proporcionaban las farolas urbanas que se instalaron hace algunos años cuya luz, además de escasa, era lúgubre, eso sí, en el interior de las casa, para dormir, no molestaban de ninguna manera.

Se dirigía hacia las eras a todo lo que sus piernas podían dar de sí sobre los resbaladizos pedales de la superbicicleta, con amortiguación trasera y delantera de la que Nicolás estaba particularmente orgulloso. Cuando llegó al punto que el creyó más oportuno para que el producto llegara antes hasta su destino e hiciera su efecto, Nicolás casi saltó de su vehículo

de dos ruedas, pues cuando apenas la había frenado el ya estaba a pie de canal y descargándose su mochila de la espalda, con lo que la bici cayó de cualquier manera sobre un puñado de juncos de mediana estatura sin sufrir daño alguno.

Destapó ambas botellas burlando el sistema de protección para que los niños no puedan abrir los tapones, y agarrando cada una de ellas con una mano e inclinándolas totalmente con la boca hacia abajo, vertió todo su contenido en el agua para que recorriera inexorable todo su cauce hasta llegar a la boca de la fuente.

Nicolás esperó impaciente durante todo el día a que este cayera por fin y el mundo de las sombras se apoderara, una vez más, de aquella parte del planeta como ocurría cada veinticuatro horas.

Cuando ya el sol declinaba para oscurecer la tarde Nicolás avisó a sus padres que se iba a la fuente la orza a comer unas almendras y estar un rato por aquellos alrededores como tenía costumbre de hacer, por lo que a sus padres no les preocupaba en absoluto aquella obsesiva costumbre de Nicolás, además, confiaban en él debido a que, hasta la fecha, nunca los había decepcionado.

Arribó hasta la fuente y tras apoyar su buque insignia de dos ruedas sobre el almendro, se dirigió directamente hacia el agujero del que la noche anterior salió aquella cegadora luz que lo llevó hasta Elrron en el interior de la fuente.

No observó nada fuera de lo normal y decidió coger algunas almendras del árbol para pelarlas y comerlas mientras esperaba a que Elrron se pusiera en contacto con el. Llevaba seis almendras peladas y comidas cuando le pareció oír su nombre en susurros, como ocurrió la noche anterior, y directamente Nicolás fue a asomarse al agujero en cuestión, y sin recibir respuestas a sus llamadas por parte de Elrron, volvió a ver como comenzaba a salir de aquel agujero, una vez más, una luz que poco a poco resplandecía más y más hasta mostrarse cegadora, pero que ya no asustó a Nicolás, pues intuía que Elrron estaba haciendo de las suyas para llevarlo al interior cavernoso de la fuente.

Poco a poco fue retirándose el brazo de la cara después de apreciar que la extrema intensidad de la luz había mermado lo suficiente como para no dañar sus jóvenes y azules ojos.

Como ya se esperaba, había reducido de tamaño y se encontraba, como la noche anterior, dentro de la fuente la orza, solo que en esta ocasión había algo distinto, algo que no se esperaba pues se imaginaba simplemente que Elrron le diría como había ido todo, y él volvería a su lugar y en su tamaño adecuado después de las pertinentes palabras de agradecimiento

y despedida.

Cuando recuperó por completo su capacidad de visión y se encontró delante de todos los miembros del consejo fontil que le estaban esperando, se sintió un poco conmovido y a la vez inseguro si era para bien o para mal ya que no sabía si las cosas fueron bien o fueron mal la noche anterior.

Nicolás lanzó una mirada de complicidad a su amigo Elrron, el duende, como implorando una respuesta por aquella improvisada reunión de todo el consejo en aquel lugar y a aquella hora. La conclusión que sacó Nicolás con la mirada que le devolvió el duende fue de agradecimiento por que todo había salido como él esperaba que saliera cuando expuso brillantemente el plan que había trazado en cosa de minutos y por el que todos los duendes conservarían, al menos de momento, su modo de vida en el interior de la fuente.

Hablo en nombre de todos los miembros del consejo fontil –empezó a disertar el anciano presidente del consejo- así como del resto de duendes de nuestro pueblo, al decir que nos hallamos en deuda contigo y que si en alguna ocasión podemos hacer algo por ti solo tendrás que decirlo –y cuando pareció que había terminado de hablar levantó los dos brazos en dirección a Nicolás y añadió: Gracias

No las merece –dijo Nicolás tímidamente- cualquiera habría hecho lo mismo.

No estoy tan seguro Nicolás, tu estás hecho de una pasta distinta, lo sé, siempre has sido diferente de los demás –elogió el presidente al muchacho.

Si me necesitáis alguna vez ya sabéis que vengo aquí casi todas las noches –se ofreció Nicolás verdaderamente convencido de dicho ofrecimiento –solo tenéis que llamarme. –Tras estas últimas palabras dirigió una cariñosa mirada a Elrron.

Gracias por todo Nicolás y hasta pronto –dijo otro de los miembros del consejo.

De nada. De nada; no las merece.

Todos y cada uno de los miembros del consejo fontil fueron transmitiendo su agradecimiento a Nicolás y retirándose a sus diminutos hogares hasta que solo quedaron él y su amigo Elrron. Este último miraba a Nicolás con cara de orgullo y no pudo por menos que estrecharlo en un abrazo, pues Elrron ya había abierto sus brazos para recibir a su amigo entre ellos.

Estaremos en contacto –dijo Nicolás todavía en los brazos del duende y de rodillas para poder estar a su misma altura.

Si. Cuando quieras hablar ya sabes donde tienes un amigo –dijo Elrron conmovido.

Lo sé y te digo lo mismo –añadió Nicolás separándose de su amigo que parecía que no lo quería soltar- estaré por ahí fuera.

Hasta pronto Nicolás.

Hasta luego Elrron.

Una vez más se hallaba fuera de la fuente y tras unos segundos para recuperarse del impacto de la luz en sus ojos, recuperó la bicicleta que seguía apoyada en el almendro, se subió a ella y tras echar un último vistazo a la fuente, como convenciéndose de que allí dentro tenía amigos incondicionales, elevó el pedal derecho con el pié y se impulsó poniendo todo su peso en el mismo para coger el camino de vuelta a su casa contento y silbando, pues había ayudado a unos duendes a salvar su forma de vida y lo había hecho de forma desinteresada, por un amigo, por todo un pueblo, y es que él, como dijo el presidente del consejo, era diferente de los demás.